

Cuadernos de Historia Contemporánea

ISSN: 0214-400X

<http://dx.doi.org/10.5209/CHCO.60347>EDICIONES
COMPLUTENSE

Del Molino Molina, Sergio (Eds.): *La España vacía. Viaje por un país que nunca fue*. Madrid, Turner Noema, 2016. 291 pp.

Spain is different, rezaba la cartelería turística promocional de los años sesenta en España. Sobre el papel, imágenes típicas –y tópicas– de un país cuyo régimen buscaba ya la mirada del resto del mundo: una plaza de toros arropada por banderas y jolgorio, farolillos, caballos, jinetes y mujeres vestidas de flamencas en tonos rojos. España era diferente al resto de Europa y del mundo. Pero no sólo lo era en paisajes y costumbres. España, y su horizonte, era –y es–, distinta a sus países vecinos, aquellos a los que históricamente ha estado más ligada.

Sergio del Molino ofrece al lector un nutrido argumentario sobre el principal elemento que hace de España un país diferente: su distribución y evolución demográfica. Lo es porque, en primer lugar, dentro de sí misma existe otro país cuya delimitación no es fácil dibujar. Ocupa la extensión de las dos Castillas, Extremadura, Madrid, La Rioja y Aragón. Por extensión también se podrían incorporar el interior de Galicia, Asturias, Cantabria, Andalucía, Murcia y Valencia, el condado de Treviño, el sur y noroeste de Navarra y el Valle de Arán. En términos absolutos, su extensión ocuparía más de la mitad de la superficie total del país. Esta superficie tiene algo en común: es el fruto de una debacle demográfica que el autor denomina el «Gran Trauma».

Sus pueblos rehúyen la planicie y varias hectáreas pueden separar a unos de otros. Instaurada como una red de ciudades, la España vacía es hoy una vasta llanura, con algún que otro recoveco, que languidece pese a los planes que han tratado de frenar su hemorragia. Las grandes urbes como Madrid, Barcelona o Bilbao, en el medio y tardofranquismo, vivieron un intenso crecimiento a costa de los pueblos de la España interior. Estas ciudades están pobladas mayoritariamente por personas cuyos orígenes no son urbanos ni castizos. Están pobladas por personas que tuvieron que dejar sus pueblos aspirando a un futuro mejor, dejando en ellos un pasado y una vida que forman parte de la nostalgia y de la historia.

En cinco capítulos, del Molino plantea los mitos que rodean la España vacía. Esta España a menudo copa las crónicas de sucesos, y nos evoca con ello una historia negra y caciquil, que aumenta la distancia que sentimos respecto a ella. Se concibe también este país dentro de otro país como una red de poblaciones desperdigadas y aisladas, cuya población es cuanto menos analfabeta sino salvaje, que vive en la actualidad como una caricatura de sí misma. Del español proveniente de esta España yerma se espera un futuro complicado en la ciudad, cuya llegada ha sido objeto de sátira y comedia en el cine.

En la lectura se advierte una tensión en cada mito, los cuales el autor rebate con sendas explicaciones y ejemplos. Sostiene que esta parte de España se ha convertido

en objeto de esnobismo, reclutando a algunos curiosos que, alborotados por la vida frenética y mundana de la ciudad, ponen sus miradas en la España vacía. Algunos han arruinado sus vidas con tales experiencias, sin haberse sabido incapaces de aguantar el silencio del paisaje. Otros sin embargo decidieron no irse a las grandes ciudades y quedarse allí. Y lo hicieron por elección, gustosos de su vida y sin ningún ánimo de ser encontrados por medios de comunicación y curiosos que fijan su atención en ellos como si fueran cabeza de cartel de un espectáculo circense o un mero reclamo turístico.

Sobre algunos de los pueblos de la España vacía se construyó una leyenda negra. Fue el caso de Las Hurdes, un pueblo cacereño lindante con la provincia de Salamanca. Sobre el mismo, Buñuel filmó una barbarie en los años treinta que veinte años antes Unamuno ya había negado. Esta zona extremeña era la representación viva de lo salvaje y lo rural en las grandes ciudades. Sobre ella cayó la losa de la atrocidad, la tosquedad y la incultura. Sería precisamente allí, en Las Hurdes, donde se dirigiría la primera de las misiones pedagógicas durante la Segunda República. El autor asegura que el proyecto institucionista, si bien fue capaz de llevar la cultura a puntos recónditos del país, su difusión e impacto real –que no simbólico–, fueron posteriormente edulcorados por la historia.

En la actualidad, el principal sustento económico que nutre a la España vacía es –en el mejor de los casos–, el turismo. Aquellos pueblos que tienen en su tierra algún castillo, almena o simplemente el testimonio de un tiempo pasado, han sabido explotarlo y crear alrededor –con mayor o menor éxito–, una atmósfera de épica y sucesos. Si bien estas prácticas han levantado críticas en la academia, Del Molino argumenta la legitimidad de estos pueblos de sostener su propia historia y de respetar el que probablemente sea su único pilar de subsistencia.

El habitante que proviene de esta España se ha convertido históricamente en objeto de sorna. El acento, la apariencia y el carácter tradicionalmente rural ha sido hiperbolizado por el cine, pero también lo fue en la realidad. Así se demuestra en el último capítulo dedicado a los mitos de la España vacía, representado en la figura de Francisco Tadeo Calomarde, ministro de Fernando VII. Originario de Villel, en el sureste de la provincia de Teruel, fue el caso atípico de un hombre de raíces rurales que con una expresión y gestos toscos alcanzó un puesto privilegiado cerca del monarca. El destino tras la muerte del rey le deparó el exilio en Toulouse, donde murió bajo un rango social más cercano a su origen que a su cénit. No obstante, supone un ejemplo bastante ilustrativo del estigma que afronta la sociedad rural española. El éxito y la prosperidad parecen haber estado reservados históricamente para personas refinadas y leídas, lo que en la época se reducía a provenir de las urbes.

La riqueza de este libro radica en la explicación de un fenómeno histórico de nuestro país tan relevante y cuyas consecuencias han sido tan palpables. Rompe con la concepción historiográfica positivista heredada de los *Annales* y recoge un planteamiento temporal diacrónico pero efectivo. Plantea un fenómeno social y cultural desde diferentes ópticas con una finalidad pedagógica. Con una escritura ágil,

el autor se vale de fuentes de diversa naturaleza para desarrollar su argumentación. Desde películas y documentales a obras literarias y biográficas.

El viaje por la España vacía es un viaje que, se quiera o no, refleja cierta tristeza e incertidumbre. Mientras otros países como Francia han tenido un éxito mayor en la contención del éxodo rural, en España las comunidades autónomas correspondientes a este país imaginado y a la vez real continúan con unas perspectivas demográficas poco halagüeñas. Esta España es una España envejecida y sustentada fundamentalmente por un sector terciario que hoy se puede mostrar suficiente pero quizá no eterno. Los pueblos del interior tienen poca población y la poca que tienen es mayor. La juventud escapa en cuanto tiene oportunidad de buscar un futuro próspero en las grandes ciudades, bien sea estudiando en la universidad o trabajando. Para ellos, su España vacía, con nombre de pueblo, se convierte en una entelequia emplazada en el recuerdo. Es la manera en la cual la España vacía permanece viva: paradójicamente lo está en la ciudad y sus habitantes. En su memoria.

Carlos Sanz Simón
Universidad Complutense de Madrid
csa02@ucm.es